

El Hedonismo Cualitativo-Cuantitativo de John Stuart Mill

En *El utilitarismo*, John Stuart Mill distingue entre “los placeres derivados de las facultades superiores” de “aquellos que la naturaleza animal, al margen de las facultades superiores, es capaz de experimentar” y afirma que los primeros son preferibles a los segundos (Mill, 1995 [1861], p. 53). Si se le pregunta cuál es el criterio que nos permite afirmar que los placeres derivados de las facultades superiores son mejores que aquellos puramente sensibles, el filósofo responde:

En relación con la cuestión de cuál de dos placeres es el más valioso, o cuál de dos modos de existencia es el más gratificante para nuestros sentimientos, al margen de sus cualidades morales o sus consecuencias, el juicio de los que están cualificados por el conocimiento de ambos o, en caso de que difieran, el de la mayoría de ellos, debe ser admitido como definitivo. Es preciso que no haya dudas en aceptar este juicio respecto a la calidad de los placeres, ya que no contamos con otro tribunal, ni siquiera en relación con la cuestión de la cantidad (Mill, 1995 [1861], p. 52).

Según Bentham, sin embargo, cuando alguien sostiene que algo es delicioso, hermoso, justo o intrínsecamente valioso en cualquier otro sentido que no sea hedonista, no hace más que expresar sus propios sentimientos de placer, tratando de

imponérselos a los demás. Los juicios de valor no hedonistas no solo serían fraudulentos, según Bentham, sino también tiránicos, arbitrarios y peligrosos (Anderson, 1991, p. 6; Bentham, 2000 [1781], p. 17). Pero si aceptamos la tesis de Bentham, no podríamos evaluar críticamente el valor de los placeres y dolores. No podríamos decir, por ejemplo, que los placeres sádicos son intrínsecamente malos, moralmente hablando. Las cualidades del carácter como la integridad, la dignidad, el honor, etc., que para Mill son tan importantes, no tendrían, según Bentham, un valor distinto al de los placeres ordinarios, ya que esos conceptos no se refieren a nada que esté más allá de nuestro propio estado de placer (Anderson, 1991, p. 7).

Por otra parte, Bentham sostiene que cuando la gente experimenta sentimientos intensos, tiende a expresarlos en forma de juicios de valor no hedonistas. Una mujer disgustada con su hijo porque no ordena su habitación, por ejemplo, expresará su disgusto diciendo que “los jóvenes de hoy son inconsiderados y haraganes”. En tanto y en cuanto las personas se dejan guiar

| |
|--|
| Moris A. Polanco, Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra, es actualmente Profesor de Filosofía en la Universidad Francisco Marroquín. |
|--|

por sus sentimientos cuando hacen juicios morales, toman en cuenta solamente sus propios estados de placer, y despóticamente desprecian los de los demás (Anderson, 1991, p. 7). Por eso un procedimiento de decisión que tome en cuenta por igual los placeres y dolores de todos los interesados debe rechazar la tesis intuicionista, que sostiene que podemos tener un conocimiento intuitivo (no basado en la experiencia) de los estándares evaluativos. “Tal procedimiento debe basarse en cálculos racionales que se refieran a entidades reales cuya existencia sea verificable por observación empírica, independiente de opiniones subjetivas disputables” (Anderson, 1991, p. 7). Bentham elaboró un algoritmo para hacer ese cálculo racional del placer o de la felicidad. Según ese “*felicific calculus*”, el valor de un placer o dolor para una persona será mayor o menor según su intensidad (cuán intensa es); su duración (por cuánto tiempo); su certeza (cuán seguro es su logro) y su proximidad (cuán pronto). Para estimar el acto que origina ese placer o dolor habrá que considerar, también, su fecundidad (si conducirá a otros placeres) y su pureza (cuánto dolor le acompaña).

Al igual que Bentham, Mill se oponía al intuicionismo en ética, pero al contrario que él, “pensaba que el cultivo de los sentimientos no utilitarios era uno de los componentes principales de la vida buena. También consideró que el logro de los ideales éticos era valioso no solo instrumental sino también intrínsecamente” (Anderson, 1991, p. 8). Así lo dice en *El utilitarismo*: “¿niega la doctrina utilitarista que la gente desee la virtud, o mantiene que la virtud no es algo que haya de ser deseado? Todo lo contrario. Mantiene no solamente que la virtud ha de ser deseada, sino que ha de ser deseada desinteresadamente, por sí misma” (Mill, 1995

[1861], p. 91). Los utilitaristas, sigue diciendo, “no sólo colocan la virtud a la cabeza misma de las cosas que son buenas como medios para el fin último, sino que también reconocen como hecho psicológico la posibilidad de que constituya, para el individuo, un bien en sí mismo, sin buscar ningún otro fin más allá de él” (Mill, 1995 [1861], pp. 91–92). Aquí parece haber una contradicción con lo que ha dicho antes: “Merecen toda suerte de alabanzas los que son capaces de sacrificar el goce personal de la vida, cuando mediante tal renuncia contribuyen meritoriamente al incremento de la suma de la felicidad del mundo. Pero quien hace esto mismo, o mantiene hacerlo, con alguna otra finalidad no merece más admiración que el asceta subido a su pedestal” (Mill, 1995 [1861], p. 60). A Mill le parece un hecho irrefutable que “quienes desean la virtud por sí misma la desean ya bien porque la conciencia de ella les proporciona placer, o porque la conciencia de carecer de ella les resulta dolorosa, o por ambas razones conjuntamente” (Mill, 1995 [1861], p. 114).

Parece que Mill no se define en relación con la virtud: a veces la considera un fin en sí misma, otras como algo que proporciona placer. En todo caso, “el criterio utilitarista mientras que tolera y aprueba todos aquellos otros deseos adquiridos, en tanto en cuanto no sean más perjudiciales para la felicidad general que aliados de ella, recomienda y requiere el cultivo del amor a la virtud en la mayor medida posible, por ser, por encima de todas las demás cosas, importante para la felicidad. (Mill, 1995 [1861], p. 114). La clave está en las últimas palabras: “por ser [...] importante para la felicidad”.

Ahora bien —se pregunta el propio Mill—, “¿cómo puede implantarse o despertarse la voluntad de ser virtuoso allí

donde no cuenta con fuerza suficiente? Sólo consiguiendo que la persona en cuestión desee (*desire*) la virtud, haciendo que la contemple como algo placentero, o que vea su carencia como algo doloroso” (Mill, 1995 [1861], p. 116). Por eso, ha dicho antes que “el utilitarismo [...] sólo podría alcanzar sus objetivos mediante el cultivo general de la nobleza de las personas” (Mill, 1995 [1861], pp. 53–54).

Dejando para otro lugar la investigación de cómo propone Mill que se fomente la virtud y la nobleza, la pregunta que aquí nos hacemos es: ¿cómo se pueden incluir ideales y sentimientos dentro de los límites de una doctrina empirista y hedonista? Es decir, ¿no sería contradictorio un hedonismo que a la vez fuera cuantitativo y cualitativo? Una posible respuesta es que Mill nunca abandonó el cálculo hedonista; que siempre pensó que todos los placeres podían cuantificarse. Esta es la tesis que sostiene H. Keith Quincy (1980), basándose en que Mill dice en la cuarta nota de *El utilitarismo*, que “las verdades de las matemáticas son aplicables a la valoración de la felicidad” (Mill, 1995 [1861], p. 134). Es preciso analizar esta cita en su contexto, para que quede claro qué fue lo que Mill quiso decir exactamente.

El contexto de las palabras citadas es el de una aclaración que Mill hace a una objeción de Herbert Spencer al “primer principio de la teoría utilitarista”, que es “la total imparcialidad entre las personas”. Según Spencer (interpretado por Mill), “el principio de la utilidad presupone el principio previo de que todo el mundo tenga el mismo derecho a la felicidad”. Mill dice que sería más acertado suponer que “iguales sumas de felicidad son igualmente deseables”, pero que esta no es una premisa del principio de utili-

dad. “*De haber un principio previo implicado*”, añade Mill (cursiva añadida), “no puede ser otro que este, a saber, que las verdades de las matemáticas son aplicables a la valoración de la felicidad”. Es decir: 1) el utilitarismo no habla de derechos; 2) iguales sumas de felicidad son igualmente deseables; 3) si hablamos de “sumas de felicidad”, estamos presuponiendo que la felicidad se puede cuantificar. ¿Realmente pensaba Mill que la felicidad se puede cuantificar? En opinión de Quincy, sí: “[Mill] entendió que la ‘cualidad’ podía reducirse a ‘cantidad’” (Quincy, 1980, p. 468), que “los placeres más elevados son *cuantitativamente* superiores a otros placeres” (Quincy, 1980, p. 469).

Antes de discutir esta tesis, conviene buscar más evidencia de ella en los propios textos de Mill. En el capítulo 4 de *El utilitarismo*, Mill dice, en efecto, que

La vida sería algo muy pobre, muy mal provista de fuentes de felicidad, a falta de esta disposición de la naturaleza, mediante la cual cosas que en principio eran indiferentes, pero que conducían a, o estaban asociadas en algún otro sentido con, la satisfacción de nuestros deseos primitivos, se convierten ellas mismas en fuentes de placer más valiosas que los placeres primitivos, tanto por lo que a su permanencia se refiere en el espacio de la existencia humana que son capaces de abarcar, como a su intensidad. La virtud, de acuerdo con la concepción utilitarista, es un bien de este tipo (Mill, 1995 [1861], pp. 94–95).

Es decir: según Mill, los placeres primitivos (como comer y beber) se convierten (¿por sublimación?) en placeres más valiosos, en duración e intensidad. La virtud sería, entonces, un bien que nos proporciona un placer más duradero e intenso que cualquier placer corporal. Pero no cualquiera entiende esto. “Mill creía” —

dice Quincy— “que si un individuo era educado apropiadamente, su capacidad para disfrutar de los placeres más altos no tendría obstáculo” (Quincy, 1980, p. 476).

Me parece que la tesis de Quincy, aunque basada en poca evidencia textual, es irrefutable. Mill creería, entonces, en la superioridad cuantitativa de los placeres intelectuales sobre los corporales, atestiguada por quienes han experimentado ambos.

Ahora bien, ¿es necesario sostener que los placeres intelectuales o espirituales deben poder cuantificarse para sostener una ética empirista? En mi opinión, es posible ser empirista en ética y, a la vez, sostener la superioridad de algunos placeres espirituales sobre otros materiales. Mill bien pudo abandonar el cálculo hedonista de Bentham, y aun así seguir siendo hedonista y empirista. Empirista no se opone a hedonista, sino a intuicionista. Empirista, en ética, es aquel que sostiene que los valores éticos se descubren mediante la experiencia, no mediante el conocimiento *a priori*.

Un hedonismo que trate de reducir la cualidad de los placeres a la cantidad afrontaría muchos problemas. En primer lugar, ¿cuál sería la unidad de medida? Por ejemplo, ¿con qué unidad de medida puedo cuantificar el placer que me produce el deber cumplido? Las medidas habituales son la duración y la intensidad. Pero, ¿cómo sé cuándo acaba mi satisfacción? ¿Y cómo sé qué tan intenso es el placer que experimento? Si me preguntan si aún experimento placer por haber salvado a un niño de ahogarse en una piscina diez años atrás, diría que sí. ¿Significa eso que ese placer aún persiste, y que, por lo tanto, es superior al placer que experimenté al comer una pizza anoche, puesto que ya no siento ese placer, sino que solo

tengo el recuerdo del gusto que sentí? Con otras palabras: el recuerdo del deber cumplido es placentero, mientras que el recuerdo de la pizza comida no es igual a la sensación placentera del sabor de la pizza.

En segundo lugar, las sensaciones placenteras son subjetivas. Yo puedo asignarle 90/100 a la sensación de satisfacción que tengo al escuchar una fuga de Bach, mientras que otro le puede asignar 10/100. ¿Es que existe una medida universal de la calidad de la música de Bach? ¿Es mejor —más placentero— Bach que Beethoven, o que Mozart, o que los Rolling Stones? Bentham usaba el dinero como indicador de las preferencias individuales. Según eso, para saber qué música es más placentera, bastaría con ver quién ha vendido más discos, o qué música es más descargada en las computadoras. En esto, Mill difería de Bentham. Decía Mill que “hay [...] cosas de cuyo valor la demanda del mercado no es un indicador” (Mill, 1965, p. 361). Pero si la preferencia, indicada por la demanda del mercado no es indicador del valor de algo, ¿cómo medimos ese valor, o quién lo determina? Sabemos lo que Mill ha dicho: ese valor lo determinan “el juicio de los que están cualificados por el conocimiento de ambos o, en caso de que difieran, el de la mayoría de ellos” (Mill, 1995 [1861], p. 52). Pero, ¿qué significa conocer la música de Bach? ¿Basta haberla oído para conocerla? ¿O hay que tener conocimientos de teoría musical, de historia y de la vida del compositor? Lo mismo que decimos de la música puede decirse del arte figurativo, o del cine, o de la literatura ...

En tercer lugar, aun suponiendo que un placer mental sea superior a uno corporal, eso no significa que yo elija siempre el mental sobre el corporal. Puede ser

que piense que leer una novela o visitar el museo sea mejor, cualitativamente hablando, que comer, pero si no he desayunado, dejaré la lectura o mi visita al museo para más tarde. Y si me dieran a elegir entre llevar una vida dedicada solamente a los placeres mentales, o una vida mixta, seguramente elegiría la última (al menos, necesito comer, beber y dormir). Como lo pone Elizabeth Anderson, “no es irracional preferir una vida que balancee la busca de placeres elevados y placeres bajos, a una dedicada solamente a los primeros” (Anderson, 1991, p. 9).

En cuarto lugar, no se entiende cómo la virtud pueda ser “una fuente de placer” más valiosa que “los placeres primitivos”. Es cierto que, de acuerdo con los clásicos, el acto virtuoso implica cierta facilidad y gusto en su realización. Pero el camino para adquirir la virtud es arduo. ¿Cómo calificar, entonces, los actos virtuosos que no son el resultado de una disposición virtuosa? Es decir: alguien puede estudiar, por ejemplo, para prepararse para un examen, pero no encontrar placer en el hecho. Está cumpliendo con su deber, pero sin encontrar el menor gusto en ello. ¿Se cataloga como un acto de virtud? En cuanto que está cumpliendo con su deber, probablemente sí; en cuanto no lo hace por eso, sino por evitar un mal (reprobar el curso, con todas las consecuencias desagradables que eso implica), probablemente, no. Tampoco puede decirse que sea virtuoso, porque lo hace con esfuerzo y resignación (si le dieran a elegir entre estudiar y ver televisión, probablemente elegiría lo segundo), no con facilidad y gusto. Probablemente es cierto que “el amor a la virtud [es] por encima de todas las demás cosas, importante para la felicidad” (Mill, 1995 [1861], p. 114), pero no puede afirmarse que, *ceteris paribus*, una persona virtuosa lleve, por ello mismo, una vida más feliz que otra menos

virtuosa. Es más, según Kant (y muchos están de acuerdo con él), las personas virtuosas no son las más felices (en su opinión, la razón se nos ha dado para cumplir con nuestro deber, no para ser felices).

En quinto lugar, tampoco puede afirmarse, *simpliciter*, que “cualquier mente para la que estén abiertas las fuentes del conocimiento y a la que se le ha enseñado en una medida tolerable a ejercitar sus facultades” sea más feliz que una mente no cultivada. Es plausible afirmar que “después del egoísmo, la principal causa de una vida insatisfactoria es la carencia de la cultura intelectual” (Mill, 1995 [1861], p. 57), pero no es evidente. Hay personas cultas que son muy felices (entendiendo por felicidad llevar una vida placentera), pero también hay personas cultas que llevan una vida cargada de sufrimientos.

En sexto lugar, no todos los placeres mentales son buenos. La avaricia, por ejemplo, hace que muchas personas gocen acumulando dinero, y se entristezcan cuando no lo tienen. Según el utilitarismo de Mill, habría, entonces, que fomentar la avaricia, así como otros vicios mentales (el deseo de venganza, la pornografía, las ansias de poder, etc.). La respuesta de Mill a esta objeción, probablemente, sería que lo que el utilitarismo busca no es la felicidad del individuo, sino la mayor suma total de felicidad. Una persona avara no hace felices a los demás (no fomenta la felicidad), mientras que una persona noble sí busca la felicidad de los demás. Se puede contra argumentar diciendo que no es evidente que distribuir dinero sea menos eficaz para promover la felicidad (entendida como placer) que fomentar la nobleza. Si lo que se busca son políticas públicas que hagan más felices a las personas, es muy probable que la mayoría de

la población prefiera recibir bienes materiales a asistir a clases de ética.

En suma, el hedonismo tiene muchas debilidades, y más cuando se intenta reducir los placeres mentales a los sensibles. A pesar de esto, Quincy piensa que “Mill permaneció, en gran medida, dentro de la tradición ortodoxa del utilitarismo benthamiano. Él no puso en duda los fundamentos teóricos del cálculo de la felicidad de Bentham. Más bien al contrario, desarrolló su teoría de los placeres superiores con un ojo puesto en el cumplimiento de los requisitos del cálculo” (Quincy, 1980, p. 479). Dada la evidencia documental presentada, creo que Quincy tiene razón; esto complica la “defensa” de Mill. Habría sido más plausible que Mill abandonara el cálculo hedonista y se conformara con defender la tesis de que los placeres intelectuales son superiores a los sensibles, dado que aquellos son los específicamente humanos.

REFERENCIAS

- Anderson, E. S. (1991). John Stuart Mill and Experiments in Living. *Ethics*, 102(1): 4-26.
- Bentham, J. (2000). *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. Kitchener, ON: Batoche Books.
- Mill, J. S. (1965). *The Collected Works of John Stuart Mill*, vol. III, *The Principles of Political Economy, with Some of Their Applications to Social Philosophy*, ed. John M. Robson, Toronto: University of Toronto Press.
- Mill, J. S. (1995). *El utilitarismo*. Barcelona: Altaya.
- Quincy, H. K. (1980). The Higher Pleasures & Their Quantification. *Polity*, 12 (3): 457-80.